

Había en Paimpol una mujer muy gruesa, llamada la señora Tressoleur, dueña de una taberna, famosa entre los pescadores, y a la que armadores y capitanes iban a escoger sus tripulaciones y a contratar los marineros más hábiles y fuertes, bebiendo en su compañía.

Esta señora Tressoleur había sido guapa, y todavía coqueteaba con los concurrentes a su establecimiento, a pesar de cierto abundante vello que ornaba su labio superior, prestándole un aspecto de cantinera bajo su gran cofia blanca de religiosa. En su cabeza, como en un registro, estaban inscritos los nombres y circunstancias de todos los marinos del país; conocía a los buenos como a los malos; sabía con exactitud lo que ganaban y lo que valía cada cual.

Un día del mes de enero, Gaud, llamada por la señora Tressoleur para hacerle un traje, estaba co-siendo en una habitación que comunicaba con el local ocupado por los bebedores por una puerta de cristales. La sala común era espaciosa y baja de techo, y en las paredes había muchos cuadros representando naufragios, abordajes y otras esce-

nas marítimas. En un ángulo se veía la indispensable Virgen de barro pintado, con sus correspondientes ramos de flores contrahechas.

Gaud, sin abandonar un punto su costura, aplicaba el oído a una conversación que tenía lugar sobre las cosas de Islandia, entre la señora Tressoleur y dos parroquianos que bebían delante del mostrador.

Los tres discutían a propósito de un hermoso barco nuevo que se estaba aparejando en el puerto, y aseguraban los parroquianos no ser posible que la *Leopoldina* estuviese lista para la próxima campaña.

—¿Pues no ha de estar lista?—decía la tabernera—. Os aseguro que ayer quedó completa su dotación: todos los que tripulaban la *María*, patrón Germeur, van a la *Leopoldina*, porque el otro barco lo van a vender por leña, a causa de que es tan viejo que no podría resistir otro viaje. Vuelvo a aseguraros que ayer mismo, aquí, con mi propia pluma, han firmado el contrato cinco muchachotes, y de primer orden, podéis creerme: Laumec, Carof, Ivan Duf, el hijo de Keraez y Juan Gaos el de Pors-Even, que vale él solo por tres marineros.

¡La *Leopoldina*!... El nombre del barco que iba a ser el de Juan quedó fijo desde aquel instante en la memoria de Gaud como la incrustación queda fija al hierro.

Cuando volvió por la noche a Ploubazlanec, para proseguir su obra de costura a la luz de la pequeña

lámpara, no tenía en la cabeza más que aquel nombre, cuya sola consonancia la impresionaba de una manera triste. Los nombres de las personas y los de los barcos tienen una fisonomía por ellos mismos: casi un sentido. Y aquella *Leopoldina*, nombre nuevo, inusitado en la matrícula del país, la perseguía con una persistencia que no era natural; se convertía en una especie de obsesión siniestra. ¡Ah! Ella esperaba que Juan haría su próxima expedición de pesca en aquella *María* que conocía desde largo tiempo, y a cuyo bordo recordaba haber estado una vez: tenía confianza en el viejo barco, cuyos peligrosos viajes había protegido la Santa Virgen tanto tiempo, y el cambio de la *María* por la *Leopoldina* la llenaba de inexplicable angustia.

Pero reflexionaba que, después de todo, nada de lo que a Juan se refería le importaba, ni debía importarle nunca. ¿Qué tenía ella que ver con que se embarcara en este o en el otro buque? ¿Se sentiría por eso más ni menos desgraciada cuando él estuviera en Islandia, o cuando la venida de un nuevo otoño trajera a los pescadores a sus hogares? Todo aquello debía serla indiferente, sin alegría como sin esperanza. No había entre ellos ningún lazo; ninguna mancomunidad de pensamientos, puesto que él ni parecía siquiera acordarse del pobre Silvestre; érale necesario, por consiguiente, desprenderse de toda idea relacionada con él, desechando los pensamientos a que se mezclaba su nombre; convencerse, en una palabra, de que su sueño había concluído para siempre...

Y cubría con una dulce mirada a aquella pobre vieja dormida, que todavía tenía necesidad de su amparo, pero que no tardaría en dejarla sola en el mundo. Y entonces, ¿a qué vivir ni trabajar? ¿Con qué objeto?

Allá fuera rugía el viento del Oeste; las goteras del techo habían vuelto a empezar su monótono ruidito intermitente. Y las lágrimas de Margarita empezaron también a caer de sus ojos, deslizándose tristes y silenciosas por sus mejillas: lágrimas de huérfana abandonada que pasaban sobre sus labios, dejando en ellos un gusto amargo, y caían sobre la costura como esas lluvias de estío que no son traídas por brisa alguna, y que caen súbitamente de las nubes demasiado llenas. Entonces, cegada por el llanto, quebrantada de cuerpo y de espíritu, poseída de vértigo ante el vacío de su vida, plegó el amplio corpiño que estaba confeccionando para la señora Tressoleur, y trató de dormir en su linda cama de señorita, que cada día encontraba más fría, más húmeda, como todas las demás cosas de la cabaña.

* * *

Estamos en los primeros días de febrero. El tiempo, de duro y lluvioso, se había trocado en templado y seco.

Juan Gaos salía de casa de su armador, donde había cobrado los mil quinientos francos que le correspondían por su parte de pesca de la tempo-

rada última, e iba a entregárselos a su madre, según su costumbre inveterada.

El año había sido bueno para él, y se encontraba muy satisfecho.

Cerca ya de Ploubazlanec, vió un grupo de gente a orillas del camino: una vieja que gesticulaba agitando su palo, y muchos chiquillos alborozados que se reían de ella.

¡Era la abuela Moan! La buena viejecita, a quien tanto había querido Silvestre, era ahora una de esas viejas imbéciles y desarrapadas que sirven de diversión a las gentes en los caminos públicos.

Esto causó a Juan una verdadera pena.

Los pilluelos de Ploubazlanec habían matado al gato de la señora Moan, quien llena de cólera y desesperada, les amenazaba con un palo.

—¡Ah, si hubiera estado aquí mi pobre nieto bien seguro que no os hubierais atrevido a matar al animalito, grandísimos bribones!

Se había caído al salir corriendo tras de los chicos para vengar la muerte del gato, y la vista de su cofia puesta del revés, y de su vestido lleno de barro, inspiraba a aquellos la firme creencia de que la vieja Moan estaba borracha.

Pero Juan sabía muy bien que la pobre anciana no había bebido nunca más que agua, y se sintió indignado de que se mofaran de ella.

—¿No os da vergüenza de insultar así a una señora de edad?—dijo a los chicos con su voz sonora, cuyo tono imponía aun a los hombres como él.

En un abrir y cerrar de ojos todos los pilluelos

desaparecieron, porque no ignoraban que Gaos *el grandote*, como le llamaban ellos, tenía muy mal genio.

Gaud, que en aquel momento regresaba de Paimpol trayendo costura para la velada, había apercebido desde lejos el grupo y reconocido en él a la abuela. Echó a correr para ver lo que le pasaba, y comprendió el suceso viendo el cadáver del pobre gato.

Alzó entonces sobre Juan sus ojos de mirada franca, y el pescador esta vez no apartó los suyos ni trató de esquivarse. Los dos se pusieron muy encarnados, él tan súbitamente como ella, de una misma subida de sangre a sus mejillas, y se quedaron mirándose, un poco asombrados de verse tan cerca el uno del otro; pero sin rencor, casi con dulzura, como reunidos en un pensamiento común de piedad y protección.

Largo tiempo hacía que los chicos de la escuela de Ploubazlanec acechaban al gato de la vieja Moan, porque tenía el cuerpo y la cara negros, lo que les hacía suponer que era el diablo: la verdad era que el pobre animal no podía ser más inofensivo, y cuando se le miraba de cerca, se le notaba por el contrario una fisonomía tranquila y cariñosa. Le habían sacrificado a pedradas, y tenía un ojo colgando. La triste anciana, siempre balbuciendo amenazas, toda conmovida, tomó el camino de su casita sin abandonar a su gato, a quien llevaba arrastrando por la cola.

—¡Ah, pobre nieto mío, pobrecito Silvestre! Si

tu hubieras estado aquí no se habrían atrevido esos pillos a hacerme esta infamia.

Y sus ojos derramaban lágrimas que caían por entre las arrugas de su rostro.

Gaud le había enderezado la cofia, tratando de consolarla con frases de cariño. Juan estaba muy indignado. ¡Cómo era posible que hubiese chiquillos bastante malvados para causar un disgusto así a una pobre vieja! Y casi se le saltaban también las lágrimas. No era el gato lo que sentía, porque no los podía ver; pero se le encogía el corazón andando detrás de aquella anciana que arrastraba el cadáver del animal querido. Y pensaba en el buen Silvestre, que tanto había amado a su abuelita, y que tanto hubiera sufrido si le hubiesen predicho que la que le sirvió de madre iba a concluir por servir de befa y escarnio a los muchachos traviesos.

Gaud, como encargada que era de cuidar a la vieja, sentía la necesidad de excusarse por el estado en que la encontraban, y se dirigió a Juan en estos términos:

—Por fuerza se ha debido caer al suelo, para estar tan sucia: su vestido no es nuevo, ni mucho menos, porque somos pobres, señor Juan; pero ayer mismo se lo estuve cosiendo, y cuando yo salí esta mañana, estoy segura de haberla dejado tan limpia y tan arregladita.

Juan clavó en la joven una mirada intensa, más impresionado tal vez por esta pequeña explicación, que lo hubiera sido por frases hábiles o por reproches y llantos. Gaud era linda como ninguna otra

del país, y Juan lo sabía perfectamente; pero le parecía que lo era ahora mucho más, desde que había caído en la pobreza y se veía abandonada en el mundo. Le notaba ahora un aire más serio; sus ojos, de un gris azulado, tenían una expresión más reservada, pareciendo, sin embargo, que penetraban más en el fondo del alma. Iba a cumplir veintitrés años; su talle había acabado de formarse completamente, y se hallaba en toda la plenitud de la belleza de la mujer.

Y luego, vestía ahora como la hija de un pescador: traje negro sin adornos, y una cofia lisa, sin dejar por eso de ser distinguida ni de tener un aire de señorita que no tenían las demás que vestían como ella. ¿De dónde procedía aquel aspecto fino y elegante? De algo oculto en ella misma, e involuntario por su parte; tal vez, sencillamente, de que su traje estaba mejor hecho y su talle más ajustado que los de las otras, por un antiguo hábito, y dibujaba mejor su redondo pecho y el nacimiento de sus brazos... Pero, no; la distinción residía más bien en su voz dulce y tranquila, y en la serenidad de su mirada.

XXX

Decididamente, Juan se proponía acompañarlas hasta su casa.

Casi era un espectáculo que provocaba a la risa aquella extraña procesión de tres personas que escoltaban el cadáver de un gato: en el centro, la vieja Ivona, que llevaba arrastrando al animal; Gaud a su derecha, ruborosa y turbada, y a la izquierda, Juan Gaos, todo pensativo, aunque sin dejar su aire orgulloso de siempre.

La abuela Moan se había ido calmando poco a poco, y ya no sollozaba ni decía una palabra; en cambio, observaba alternativamente a los dos jóvenes.

Gaud, por su parte, tampoco se atrevía a desplegar los labios por temor de que Juan aprovechara la menor ocasión oportuna para despedirse; quería prolongar cuanto pudiera aquel delicioso sueño, antes de llegar a la morada vacía y oscura, en cuyo dintel iba a desvanecerse.

Llegado que hubieron a la puerta de la cabaña, hubo uno de esos minutos de indecisión durante los cuales parece que el corazón suspende sus latidos. La abuela entró sin volverse; detrás de ella,

Gaud, titubeando, y Juan... Juan entró también.

El pescador se quitó respetuosamente su sombrero y paseó una mirada por la habitación. Al distinguir el retrato de Silvestre, suspendido de la pared en su modesto marco, se aproximó a él lentamente, como quien se acerca a una tumba.

Gaud permanecía de pie, apoyada con las dos manos en la mesa. Juan contemplaba todo silenciosamente en torno suyo, y ella le seguía en aquella especie de revista muda que pasaba de su pobreza. Bien pobre, en efecto, a pesar de su orden y de su limpieza, el nido de las dos infelices mujeres abandonadas. Tal vez, al menos, Juan experimentaría hacia ella un poco de compasión honrada al verla descendida a aquella miseria desde su riqueza de poco antes. Sólo quedaba de la pasada opulencia el primoroso lecho de señorita, en el cual se fijaron involuntariamente más de una vez los ojos de Juan Gaos.

Este no pronunciaba una palabra... ¿Por qué no se iba? La abuela, que era todavía muy lista en sus raros momentos de lucidez, fingía no ocuparse de los jóvenes. Así, pues, éstos permanecían de pie, el uno delante del otro, mudos y ansiosos, concluyendo por mirarse fijamente como en una interrogación suprema.

Pero los instantes pasaban, y a cada segundo que transcurría el silencio se hacía más penoso, más difícil de sostener. Y se devoraban con la vista, como en la espera solemne de algo inaudito que tardaba en venir.

—Gaud—le preguntó él con grave acento—, si continuaseis pensando lo mismo...

¿Qué iba a decir?... Adivinábase que tomaba alguna gran decisión, brusca, como eran todas las suyas, pero que apenas osaba formular.

—Si seguís en la misma idea... la pesca se ha vendido muy bien este año, y tengo un poco de dinero disponible...

Gaud dudaba si había oído bien; no se atrevía a creer lo que escuchaba.

Y la anciana, acurrucada en su rincón, aplicaba el oído a la conversación que tenía lugar, sintiendo que un rayo de felicidad iba a descender sobre la cabaña.

—Pues bien, señorita Gaud; si queréis, podríamos hacer nuestra boda...

Y se quedó mudo, aguardando una respuesta que no le daban. Juan se asombraba de aquel silencio; temía una negativa. Ella estaba muy pálida, muy conmovida, muy linda, con sus ojos velados por la emoción.

—Pero, hija, ¿por qué no contestas?—interrumpió la vieja Ivona, que se había levantado, comprendiendo que era necesaria su intervención—. Ya veis, señor Juan; es natural que la chica se sobrecoja; debéis dispensarla y dejarla que reflexione un momento. Sentaos, señor Juan, y tomad un vaso de sidra con nosotras.

Gaud estaba sumida en una especie de éxtasis

que no la dejaba contestar; no se le ocurría una palabra. ¿Conque era cierto que Juan tenía buen corazón? Así era como ella se lo había figurado siempre en su fuero interno, á pesar de su dureza aparente, de su brusquedad afectada, a pesar de todo... Había huído de ella cuando era rica, y la solicitaba ahora que era pobre; sin duda la desigualdad de posición era la que había motivado la extraña actitud de Juan, que tanto la había hecho sufrir; pero ¿a qué pensar ya en los sinsabores que por espacio de dos años habían amargado su existencia? Todos aquellos recuerdos tristes habían sido arrebatados en un segundo por el delicioso torbellino que pasaba sobre su vida. Silenciosa siempre, no sabía confesarle su adoración mas que con la mirada profunda de sus ojos, en tanto que una lluvia de lágrimas comenzaba a resbalar por sus mejillas.

—¡Dios os bendiga, hijos míos!—dijo la abuela Moan—. Yo le doy muchísimas gracias al Señor porque me ha permitido ver vuestra felicidad antes de morir.

Los dos jóvenes continuaban cogidos de las manos, sin que el uno ni el otro encontrasen palabra alguna que fuese bastante dulce, bastante expresiva para las circunstancias.

—Abrazaos al menos, hijos míos. ¿Pero cómo no os decís nada? ¡Qué diantre de muchachos estos! Vamos, Gaud, dile algo a tu novio... En mis buenos tiempos creo que no estaba mal visto que

los jóvenes se abrazaran cuando estaban prometiéndose el uno al otro.

Juan besó en la frente a su prometida, poseído de un respeto desconocido para él. Pareciale que aquel era el primer beso que había dado en toda su vida.

Ella también le devolvió su casta caricia, apoyando con todo su corazón sus frescos labios de virgen sobre la frente del marino, tostada por la brisa del mar.

Y todo parecía haberse vivificado y rejuvenecido súbitamente en la pobre cabaña. Hasta el retrato del buen Silvestre tomaba un aire risueño en el fondo de su marco negro. El silencio se llenaba de inauditas melodías, y el pálido crepúsculo del invierno, que entraba por la ventana, les formaba en derredor como una bella aureola encantada.

—Es decir, que haréis vuestra boda al regreso de la temporada de Islandia; ¿no es eso, mis buenos hijos?—interrumpió la abuela Moan.

Gaud bajó la cabeza. La Islandia, la *Leopoldina*... Ya se le habían olvidado aquellos obstáculos espantables que se erguían amenazadores en su camino. ¡Al regreso de Islandia!... ¡Cuán largo sería todo aquel verano de pavorosa espera!

Juan ajustaba cuentas mentalmente para formarse idea de si sería posible, activando las cosas, que tuviera tiempo de casarse antes de su partida: tantos días para sacar los papeles necesarios; tantos otros para las amonestaciones; todo aquello podría prolongarse hasta el 20 o el 25 del mes, y ha-

bía lugar de hacer la boda y de estar juntos lo menos una semana antes de la partida.

—Voy corriendo a avisárselo a mi padre—dijo.

Y se marchó con tanto apresuramiento como si los segundos mismos de su existencia estuviesen ahora medidos y contados.

XXXI

Constantemente han gustado los enamorados de sentarse juntos en los bancos de piedra, a la puerta de las casas, cuando empieza a caer la tarde.

Juan y Gaud participaban de esta costumbre. Todas las noches se hacían el amor sentados en el carcomido banco de granito que había a la puerta de la cabaña de los Moan.

Otros novios tienen la primavera, la sombra de los árboles, las noches templadas, los rosales floridos. Ellos, sólo tenían los crepúsculos de febrero descendiendo sobre un país marino, donde todo eran juncos y piedras. Ni una rama de verdura sobre sus cabezas ni en torno suyo; nada más que el cielo inmenso, por el que pasaban lentamente sombras de nubes errantes. A guisa de flores, algas del mar, que los pescadores llevaban hasta el sendero al arrastrar sus redes desde la playa.

Los inviernos no son muy rigurosos en el país bretón, templado por las corrientes del mar; pero, sin embargo, los crepúsculos vespertinos traían a menudo humedades heladas y pequeñas lluvias imperceptibles, que caían sobre sus hombros. Pero ellos no hacían caso, encontrándose perfectamente

en el viejo banco, que había escuchado en el espacio de más de un siglo bastantes coloquios amorosos.

De vez en cuando, la abuela Moan se asomaba a la puerta por el placer de verlos y también para ver de conseguir que entraran.

—Pero ¡Dios mío! ¿Cómo podéis estar ahí fuera con tanto frío y tanta humedad? Vais a poneros malos.

¡Qué habían de tener ellos frío! Ni siquiera tenían conciencia de la vida, aparte de la dicha de estar juntos.

Las gentes que atravesaban el sendero a la entrada de la noche oían un ligero murmullo de dos voces que se mezclaban al rumor que el mar hacía debajo, al pie de las rocas. La voz fresca y argentina de Gaud, alternando con la de Juan, que tenía sonoridades suaves y acariciadoras en las notas graves, formaban una música armoniosa. Distinguíanse también sus dos siluetas destacándose sobre el granito del muro al cual estaban adosados; al pronto, la cofia blanca de Gaud; luego, toda su forma esbelta en su traje negro, y a su lado, el corpachón gigantesco de su novio. Encima de ellos, la masa informe del techo de la cabaña; detrás, los infinitos crepusculares, el vacío incoloro del cielo y de las aguas.

Al cabo de una hora concluían por entrar y sentarse a la chimenea para continuar su conversación en voz baja. Hablaban mucho para desquitarse de dos años de silencio.

Habíase convenido en que los novios habitarían la cabaña de la señora Moan, quien se la legaba por testamento. Todo se volvían proyectos de reparaciones y embellecimientos en el viejo nido de pescadores para cuando estuvieran más tranquilos, a la vuelta de la campaña de Islandia.

* * *

Una noche, Juan se entretuvo en referir a su prometida mil pequeñas cosas que ella había hecho o que le habían sucedido después de su primer encuentro; hasta le explicaba con todos sus detalles los trajes que le había visto puestos y las fiestas a que había concurrido.

Ella le escuchaba con grata sorpresa, reconociendo la exactitud de los tales recuerdos. ¿Pero cómo sabía él todo aquello? ¿Quién había de figurarse que se fijaba en tantas circunstancias insignificantes y que fuera capaz de retenerlas en la memoria?

Juan sonreía, haciéndose el misterioso, y amontonaba detalles sobre detalles, aun de cosas que ella había casi enteramente olvidado. La joven le dejaba hablar sin interrumpirle, presa de un encanto que invadía todo su ser; empezaba a adivinar que Juan también la había amado siempre... Ella había sido su preocupación constante desde hacía cinco años, y ahora se lo confesaba ingenuamente.

Pero entonces, ¿qué móvil oculto había tenido

aquel hombre para afectar una indiferencia que le había costado tantos sacrificios?

Siempre aquel misterio que le había prometido explicarle algún día, pero cuyo esclarecimiento aplazaba él sin cesar con un aire de embarazo y una sonrisa indefinible.

Fueron un día a Paimpol, en compañía de la vieja Iyona, para comprar el traje de novia.

Entre los lindos trajes de señorita que le habían dejado cuando el embargo los había que hubieran podido servir muy bien para la circunstancia arreglándolos un poco, sin necesidad de incurrir en un nuevo gasto; pero Juan se había empeñado en hacerle ese regalo, y ella no se había resistido demasiado; tener un traje regalado por él, pagado con el dinero de su trabajo, le parecía como que anticipaba en cierto modo el momento de llamarse su esposa.

Eligieron el traje negro porque Gaud llevaba todavía el luto de su padre. Juan no encontraba nada bastante bueno entre las telas que el comerciante iba desplegando. El, que por nada del mundo hubiera entrado antes en una de aquellas tiendas de Paimpol, donde se vendían cosas para mujeres, ahora quería ocuparse de todo; hasta de la hechura que había de tener el traje; exigía absolutamente que le pusieran anchas tiras de terciopelo en la falda para que estuviera más vistoso.

XXXII

Una noche que llovía estaban sentados, al lado uno del otro, a la chimenea, mientras la abuela Moan dormitaba sentada enfrente de ellos.

Hablaban en voz baja, según costumbre inveterada de los enamorados; pero aquella noche había en su conversación períodos embarazosos de silencio. Juan, especialmente, hablaba poco y evitaba las miradas de Gaud.

Era que ésta menudeaba sus preguntas sobre aquel misterio que no había medio de aclarar, y esta vez el pescador se sentía cogido en las redes; ella era demasiado lista y estaba demasiado decidida a saberlo todo. No sabía Juan cómo esquivarse.

—¿Os habían hablado mal de mí?—preguntaba Gaud.

El trató de agarrarse a aquel recurso, contestando en términos vagos. Sí... Habían dicho no sabía qué cosas en Paimpol...

—Pero ¿qué cosas eran esas?

Juan no supo qué decir; la joven se persuadió de que seguía ocultándole la verdad.

—¿Me criticaban tal vez porque gastaba demasiado lujo?